

Buscando a mi general: el periplo asturiano de Andrew Leith Hay en 1808

Presentación

El propósito de este trabajo es dar a conocer un singular periplo por Asturias, realizado por un militar británico en 1808, que ha pasado generalmente desapercibido hasta ahora. Quizás por estar incluido dentro de una obra más amplia, no reeditada modernamente, y de contenido que trasciende lo estrictamente viajero, no aparece mención alguna a este periplo como tal en la bibliografía clásica de viajes por la Península de Foulché-Delbosc ni, posteriormente, en el libro de Ian Robertson sobre viajeros ingleses en España ¹. Sí se menciona de pasada el libro que nos ocupa en otra obra clásica, la de Farinelli, y también en la más moderna de José Alberich, de contenido específicamente anglohispanico². Sin embargo, bibliografías recientes como la de

(1) R. Foulché-Desbosc, *Bibliographie des voyages en Espagne et en Portugal* (1896; Amsterdam: Meridian, 1969); Ian Robertson, *Los Curiosos impertinentes: viajeros ingleses por España desde la accesión de Carlos III hasta 1855*, 2ª ed. (Madrid: Serbal/CSIC, 1988).

(2) Arturo Farinelli, *Viajes por España y Portugal: suplemento al volumen de las divulgaciones bibliográficas* (1921) (Madrid: Junta para la Ampliación de Estudios, 1930) 322; José Alberich, *Bibliografía anglo-hispánica 1801-1850* (Oxford: Dolphin, 1978) 82.

Mar Serrano o Carlos García-Romeral vuelven a ignorar y esta obra³. No aparece en la antología de José García Mercadal, últimamente reeditada, ni tampoco, dentro del ámbito asturiano, en la muy reciente de José Ignacio Gracia Noriega⁴.

Ofrezco en la segunda parte de este trabajo mi propia traducción al español (con toda probabilidad la primera que se efectúa) de dicho periplo. He prescindido, en aras de la coherencia temática, de aquellos párrafos del original inglés que no se refieren directamente a Asturias; queda ello señalado mediante el uso de tres puntos suspensivos (...) cuando procede. Dentro de su brevedad, el texto de nuestro viajero por Asturias es altamente informativo, mencionándose a lo largo del mismo una buena cantidad de nombres de lugar, personajes y acontecimientos de la época. A fin de no multiplicar las referencias a pie de página, haciendo así innecesariamente engorrosa la lectura de un texto que ostenta buenas cualidades narrativas, he juzgado conveniente efectuar las correspondientes acotaciones geográficas e históricas en los párrafos que siguen. Antes, procederé a identificar al viajero y su narración.

El autor y su obra

El protagonista del viaje por Asturias, y posteriormente autor de la correspondiente semblanza escrita, es un militar británico de nombre Andrew Leith Hay, y su periplo asturiano se enmarca en el contexto de la intervención británica en Asturias durante la Guerra de la Independencia, entre 1808 y 1813.

(3) María del Mar Serrano, *Las guías urbanas y los libros de viaje en la España del siglo XIX* (Barcelona: Universidad, 1993); Carlos García-Romeral Pérez, *Bio-bibliografía de viajeros por España y Portugal (siglo XIX)* (Madrid: Ollero y Ramos, 1999).

(4) José García Mercadal, *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, 6 vols. (Valladolid: Junta de Castilla y León, 1999). La edición original de esta obra, en 3 volúmenes (1952-62), abarcaba hasta el siglo XVIII; la actual llega hasta el siglo XX. José Ignacio Gracia Noriega, *El viaje del Norte* (Oviedo: Fundación Hidroeléctrica, 1999).

Como es bien sabido, el 25 de mayo de 1808 la Junta General del Principado se levanta contra Napoleón y solicita formalmente ayuda al Reino Unido, zarpando sus comisionados hacia Inglaterra cinco días más tarde y desde Gijón⁵.

Una de las varias líneas de ayuda a los insurrectos asturianos que el gobierno británico pone en marcha consiste en el envío de comisionados militares, normalmente oficiales de cierto rango, con misiones de asesoramiento, inspección, control de suministros, reconocimiento del terreno, espionaje, etcétera. Los primeros en llegar, formando un mismo grupo, son el teniente coronel baronete Sir Thomas Richard Dyer, el comandante Joshua Roche y el capitán Robert William Patrick, todos ellos del Ejército británico. Arriban a Gijón el 27 de junio de 1808, permaneciendo el primero en Asturias durante el mes de julio y los otros dos también en agosto, antes de incorporarse a otros destinos en la Península.

La siguiente tanda de comisionados es de mayor importancia, y enlaza cronológicamente con la primera. Esta vez el vizconde Castlereagh, secretario del War Office británico, envía a un general del Ejército, revestido de amplias atribuciones y al que se irá incorporando una nutrida plana mayor. A raíz de la victoria española de Bailén (20 de julio de 1808), Castlereagh concibe una estrategia global que supone un aumento de la importancia de Asturias en el teatro peninsular de operaciones. Se trataba, según Castlereagh, de reforzar el norte de España -Galicia, Asturias, Cantabria y Vizcaya, fundamentalmente- a fin de evitar la entrada por Irún de tropas francesas de refresco y aislar así a las que previsiblemente Napoleón concentraría en Madrid o Burgos, provocando una rápida y

(5) Véase más detalles sobre este episodio, y sobre otros contactos asturbritánicos a que se alude en los párrafos que siguen, así como las fuentes de todo ello, en Alicia Laspra Rodríguez, *Intervencionismo y revolución: Asturias y Gran Bretaña durante la Guerra de la Independencia (1808-1813)* (Oviedo: Real Instituto de Estudios Asturianos, 1992).

total derrota del enemigo. Ello pasaba por desplazar al norte de España parte del ejército británico de Portugal, y por desembarcar en puntos de la costa norte tropas de refresco procedentes de las Islas Británicas, así como el ejército expedicionario español del Báltico. Previamente a todo ello procedía realizar una minuciosa labor de reconocimiento y preparación del terreno, y de ahí el envío de comisionados militares de alto rango tanto a Galicia como a Asturias y Cantabria ⁶.

El mayor general Sir James Leith llega así a Gijón el 30 de agosto de 1808, acompañado por su séquito y pertrechado con una serie de minuciosas instrucciones de Castlereagh, a las que debe dar cumplimiento. El territorio bajo la superintendencia de Leith abarcaba el propio Principado, León, Cantabria y Vizcaya, mientras que otros comisionados militares de alto rango eran enviados a La Coruña y a Oporto. Leith permanecería en la zona que le fue asignada (con base fundamentalmente en Asturias, aunque moviéndose de modo constante por todo el territorio a su cargo) hasta finales de noviembre de 1808, cuando se incorpora al ejército de Baird. A él se debe, además de multitud de gestiones, contactos e iniciativas, la elaboración de un completísimo informe, auténtica joya documental por su detallismo y objetividad, sobre los más variopintos aspectos, civiles y militares, de la Asturias de 1808 ⁷.

Aludía más arriba al séquito del general Leith. Conocemos los nombres de tres de los oficiales que le acompañan inicialmente: el teniente Andrew Leith Hay, el capitán Doyle y el capitán J. F. Birch, este último del Real Cuerpo de Ingenieros. El

(6) Véase, para más detalles sobre los aspectos estratégicos y tácticos del conflicto, David Gates, *The Spanish Ulcer: A History of the Peninsular War* (Londres: Allen, 1986).

(7) Puede verse dicho informe, traducido a partir del manuscrito autógrafo, en Alicia Laspra Rodríguez, *Las relaciones entre la Junta General del Principado de Asturias y el Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda en la Guerra de la Independencia: repertorio documental* (Oviedo: Junta General, 1999) 351-58 [Documento Nº 317].

grupo, que viaja a Asturias al tiempo que el general, se verá incrementado con una segunda serie de colaboradores, los capitanes ingenieros John Thomas Jones, Lefebre y Charles William Pasley, y aún habrá una tercera tanda de comisionados militares a las órdenes de Leith, integrada por el teniente coronel Hamilton y el capitán Francis Assiotti.

Nótese que nuestro autor, el entonces joven teniente Andrew Leith Hay, formaba parte del séquito inicial. De hecho, tenía relación familiar con el general: era sobrino suyo y, como él mismo afirma en la narración que se ofrece más abajo, acompañó a su tío "en calidad de ayudante de campo suyo", algo que también se refleja en una carta del propio general a Castlereagh fechada en Gijón a 31 de agosto de 1808, cuando escribe que "mandé a mi ayudante de campo el teniente Hay, del 29 Regimiento, a la posición del general asturiano Ballesteros en Reinosa y El Escudo"⁸. Posiblemente Andrew Leith Hay fuera escocés de Aberdeenshire, como su tío el general.

Poco más sabemos sobre la posterior carrera del teniente Hay, aunque sí parece claro que siguió vinculado a los destinos militares de su tío. Como se verá más abajo, el general fallece el año 1816, en el Caribe. Pues bien, poco más tarde se publica, de forma anónima, la obra titulada *Memoirs of the late Lieut.-Gen. Sir James Leith, with a précis of some of the most remarkable events of the Peninsular War. By a British Officer*. La que podríamos llamar edición comercial de este breve libro (son 185 páginas en total) corrió a cargo de William Stockdale en Londres y 1818, pero la primera edición se había impreso en Barbados (por W. Walker), a costa del autor y un año antes⁹. Resulta indudable, al leer las mismas, que estas *Memoirs* escritas "por un oficial británico"

(8) Carta autógrafa, recogida y traducida al español en Laspra, *Las relaciones* 302 [Documento N° 279].

(9) Es esta edición caribeña la que he manejado, en concreto el ejemplar que se conserva en la British Library (Londres), signatura 615.f.17.

son en realidad obra de Andrew Leith Hay, y así lo cree también Alberich.

En 1831 -es decir, diecisiete años después de finalizar la Guerra Peninsular- el entonces comandante Leith Hay publica una obra de mayor enjundia: *A Narrative of the Peninsular War by Major Leith Hay, F.R.S.E., in two volumes*. La obra, en dos volúmenes como puede verse, aparece simultáneamente en Edimburgo (Daniel Lizards) y en Londres (Whittaker). Gozaría de cierta popularidad en su época: hay una segunda edición en 1834 (Londres: Washbourne), dos más hasta 1850 y alguna otra posterior. El texto cuya traducción se ofrece más abajo figura en las páginas 2-4, 11-14, 19 y 75-81 del primer volumen de la obra, en su edición príncipe de Edimburgo¹⁰. Cuando ve la luz la *Narrative* de Leith Hay (quien al parecer llegaría a coronel, y obtendría el título de *Sir*) ya habían publicado sus grandes obras sobre la guerra peninsular tratadistas más conocidos, también protagonistas directos de los hechos, como Southey y Napier. Hay que decir, no obstante, que Leith Hay, además de escribir en un excelente inglés, se muestra en general más objetivo y menos visceral, tanto con respecto a ingleses como a españoles, que los otros autores mencionados, y lo que dice sobre Asturias y los asturianos en 1808, según se verá más abajo, no es una excepción¹¹.

(10) He manejado el ejemplar de la British Library, sig. 1060.b.31. También he consultado la edición de 1834 (sig. 9080.aa.7), que no presenta cambios de importancia con respecto a la anterior. Las siglas F.R.S.E. del título (hoy, normalmente reducidas a FRS) significan *Fellow of the Royal Society of England*.

(11) Hemos visto que el general se refiere a su sobrino, cuando escribe, como "el teniente Hay"; sin embargo, en su *Narrative* nuestro autor se refiere a sí mismo como el comandante "Leith Hay". En realidad, su apellido es únicamente *Hay*. En inglés es frecuente que las denominaciones completas de persona se compongan de dos nombres y un apellido, y también lo es que el segundo nombre sea originalmente un apellido familiar. Esto es lo que sucede con Andrew Leith Hay: *Andrew* es el primer nombre, *Leith* el segundo nombre (que coincide con el apellido de su tío) y *Hay* el apellido. El sobrino parece pues estar homenajeando a su tío cuando firma su obra como 'Leith Hay' y no como 'Andrew L. Hay', que en principio sería lo previsible.

Lugares

Como cabía esperar, menciona o describe someramente Leith Hay, en las páginas que dedica a su estancia en el Principado, una serie de lugares asturianos o directamente relacionados con Asturias. No cabe duda de que nuestro autor participa del entonces típico sentimiento romántico por el paisaje, y claramente le gusta, y hasta le fascina, la complicada orografía de la región. Ya desde el barco que le acerca a la costa en la mañana del 22 de agosto de 1808 se fija en la aparición en la distancia del “agreste y desigual” paisaje asturiano, del que sigue disfrutando cuando navega a lo largo de la “escarpada costa” entre Asturias y Cantabria. Más tarde, aun pasando el puerto de Pajares con grandes fatigas, tendrá tiempo para fijarse en los arroyos que “se precipitan velocísimos” hacia los valles, y dedicará también expresivas pinceladas al “variado y pintoresco” paisaje que descubre entre Colunga e Infiesto.

Antes, Leith Hay había pasado por Oviedo procedente de Gijón. En este caso, el entorno “hermoso y romántico” de la capital se combina en su pluma con la que califica como “airosa aguja” de la catedral de San Salvador.

Leith Hay realiza una triple referencia a la villa de Gijón. La primera es a su puerto. La coyuntura bélica hizo que la dársena gijonesa viviera, entre 1808 y 1813, uno de los periodos más activos de toda su historia, a pesar de su peligrosidad y estrechez: como otros observadores británicos, Leith Hay apunta que la bahía es una de “las más peligrosas” de la costa norte española. Su tío el general calificaría a la dársena gijonesa como “una de las peores posibles”, ejemplificando con el propio barco que les había traído, el *Peruvian*, “uno de los navíos más perfectos de la Armada” en sus propias palabras, que fue arrastrado a mar abierto, y también con el naufragio de una lancha del *Swallow* al intentar franquear la barra¹². La segunda referen-

(12) Carta autógrafa de Leith a Castlereagh (Gijón, 13.9.08), recogida y traducida

cia es de tipo más general: por el motivo que sea (acaso tenga que ver con lo desdichado de su puerto), Gijón “no tiene nada de especial” para el teniente británico, que la considera “inferior a Santander”, y tampoco le gusta el entorno de la villa, si bien recuerda que había sido “sede consular británica durante bastante tiempo”¹³. Finalmente, Leith Hay aplica de nuevo la lente estética propia del romanticismo en su descripción, la más pormenorizada de todo el relato, de la “antigua mansión en las cercanías de la villa” que se había preparado como alojamiento del general y su séquito cuando llegan a Gijón procedentes de Inglaterra.

Dados los detalles que expone Leith Hay, posiblemente se trate dicha mansión del antiguo palacio de la familia Menéndez Valdés, señores de la casa de Cornellana. El palacio está situado en Contrueces, lugar de la parroquia de San Julián de Roces, a unos cuatro kilómetros del puerto de Gijón. Construido sobre el que alzó Alfonso III a finales del siglo IX, del que no se conservan restos, el actual data del siglo XV y fue profundamente reformado en el XVIII, siendo durante algún tiempo lugar de residencia veraniega de los obispos de Oviedo. En 1808, Ignacio Menéndez Valdés era caballero regidor de la villa de Gijón, y como tal entenderá en otro asunto que afecta directamente a Contrueces, y a Inglaterra: el acondicionamiento del cercano

al español en Laspra, *Las relaciones* 347-51 [Documento Nº 316]. Conocemos los detalles técnicos de la mayoría de los barcos de guerra británicos que recalaron en Gijón por la época: el *Peruvian*, al mando del capitán F. Douglas en 1808, era un bergantín de 18 cañones y 121 hombres, en servicio activo desde el 16.5.08. Cuando llega el *Peruvian*, apunta Leith Hay, estaban en el puerto los también buques británicos *Iris* y *Albicore*. El primero era una fragata de 5ª clase, con 32 cañones y 215 hombres, al mando del capitán John Fowler, y el segundo una corbeta de 18 cañones y 121 hombres, al mando del capitán Burn: véase Laspra, *Las relaciones* 119-21 [Documento Nº 94].

(13) En realidad, sede viceconsular, dependiente del consulado de La Coruña. El primer vicecónsul de que se tiene noticia, a fines del siglo XVIII, es Edward Kelly. Véase Rafael Pérez Lorenzo, *Asturias e Inglaterra (1816-1913): un siglo de relaciones comerciales e iniciativas empresariales conjuntas* (Oviedo: Real Instituto de Estudios Asturianos, 1998) 339-40.

santuario de Nuestra Señora de Contrueces como almacén del armamento y material de guerra, para uso de la Junta Suprema, que llega por vía marítima a Gijón, procedente de Inglaterra, a partir del 2 de julio de 1808.

Otros lugares que menciona Leith Hay en su relato son Llanes, Villaviciosa y Pola de Siero, todos ellos en Asturias, además de San Vicente de la Barquera, Santillana y Santander, en Cantabria, así como la ciudad de León, sin olvidar Portsmouth, el puerto del sur de Inglaterra desde donde había zarpado el 17 de agosto rumbo al norte de España.

Personajes y acontecimientos

Son varios los personajes contemporáneos, tanto británicos como españoles, que menciona Leith Hay al hilo de su estancia en Asturias.

Entre los británicos, hace como es lógico varias alusiones a su tío el general. Sir James Leith había nacido en Aberdeenshire (Escocia) el 8 de agosto de 1763. Su primer destino como militar había sido en el 2º regimiento de Infantería (1780), para prestar servicio en la guarnición de Gibraltar entre 1783 y 1794. Ascendido a coronel el 1 de enero de 1801, pasa a Irlanda al mando del 13 Batallón de Guarnición, donde continúa cuando en 1804 alcanza el generalato. El 25 de abril de 1804 asciende a general de división y, como sabemos, entre agosto y noviembre de 1808 es agente militar en Asturias. Incorporado luego al ejército de Baird, participa en las acciones de Bussaco (27 de septiembre de 1810), Salamanca (22 de julio de 1812), y San Sebastián (31 de agosto de 1813), donde es herido en combate. Asciende a teniente general el 4 de junio de 1813. Meses más tarde, en febrero de 1814, le encontramos como comandante en jefe del Ejército británico en el Caribe. Fallecerá, siendo capitán general de las Islas de Sotavento, el 10 de octubre de 1816.

También alude Leith Hay, en el texto que se ofrece más

abajo, a “los capitanes Lefebre, Jones y Pasley, del Real Cuerpo de Ingenieros”, quienes como sabemos formaban parte de la plana mayor técnica que el general había traído consigo a Asturias. Lefebre es una figura menos conocida, pero tanto Jones como Pasley, muy jóvenes cuando viajan a Asturias, estarían llamados a brillar con luz propia en la historia de la ingeniería militar. El primero, John Thomas Jones (1783-1843), formado en Woolwich, había participado en las obras de defensa de Gibraltar, Malta y Nápoles antes de ser puesto a las órdenes de Leith. Tras sus servicios en Asturias es destinado al Estado Mayor de Wellington y fortifica Lisboa, resultando herido en combate en Burgos. Finalizada la guerra es inspector de obras y planes de defensa en los Países Bajos, Corfú y Gibraltar. Ascendido a general y autor de obras técnicas, es considerado uno de los mejores ingenieros militares de su época. En cuanto al capitán Charles William Pasley (1780-1861), había ascendido a oficial en 1789 y prestado servicios con Moore en 1807. Llegaría a teniente general y, al igual que Jones, sería autor de obras sobre ingeniería militar y relativas a pesos y medidas, como uno de los creadores que fue del sistema métrico decimal.

Finalmente entre los británicos, alude Leith Hay por dos veces al cónsul del Reino Unido en Gijón, “el Sr. Hunter”, de quien afirma que llevaba largo tiempo en España desempeñando cometidos similares y que, como buen conocedor del país, estaba capacitado “de manera especial” para tales funciones.

John Hunter, diplomático de carrera, es efectivamente uno de los personajes clave en las relaciones asturbritánicas durante la guerra peninsular. Sus servicios en la Península habían dado comienzo c. 1783, en Sanlúcar de Barrameda y Lisboa sucesivamente. Cónsul general y ayudante de Embajada en Madrid del 5 de julio de 1802 al 5 de noviembre de 1804, actúa igualmente como encargado de Negocios hasta el 1 de enero de 1803. Suspendidas las relaciones diplomáticas entre España y el

Reino Unido, permanece en Madrid como agente para la liberación y canje de prisioneros británicos de guerra, y el 2 de enero de 1808 su título de cónsul general vuelve a recibir el pláacet de Carlos IV. El 14 de abril de 1808 es invitado a abandonar Madrid por el gobierno español, llegando a Santander el 14 de mayo, y a Gijón, donde se instala, el 12 de junio. Desde esta villa llevará a cabo una intensa y en ocasiones controvertida labor en pro de las relaciones asturbritánicas. Ante el peligro de invasión de Asturias por el ejército francés, abandona el principado el 23 de noviembre de 1808, trasladándose sucesivamente a Vigo, Londres y Edimburgo.

Como apunta Leith Hay en el texto que nos ocupa, durante su etapa asturiana Hunter se comunicaba constantemente con su superior natural, George Canning (1770-1827), uno de los estadistas fundamentales de su época, que ya había ocupado puestos de relieve bajo la administración de Pitt, seguiría haciéndolo durante la época napoleónica (secretario del Foreign Office), y también con Jorge IV (nuevamente secretario del Foreign Office, y brevemente primer ministro). Canning jugaría un papel de primer orden con respecto a la intervención británica en Asturias durante la guerra y mantendría correspondencia con el procurador general del Principado, Álvaro Flórez Estrada.

Dada la situación que se vivía en la Asturias de 1808, es lógico que casi todas las personalidades españolas que menciona Leith Hay en su narración sean militares de alto rango vinculados con Asturias. Hay en primer lugar una mención para "el general Miranda", quien se presenta en Gijón al frente de una comisión enviada por la Junta General del Principado, al día siguiente de la llegada de los militares británicos, con el fin de acompañarles hasta Oviedo. El propio general Leith comentará, en carta a Castlereagh fechada en Oviedo el 8 de septiembre de 1808, que dos miembros de la junta, "el general Miranda y D. Antonio Prado, fueron enviados a acompañarme desde

Gijón" a Oviedo¹⁴. El primero se trata sin duda del coronel (ascendido por la Junta Suprema a general) Ramón de Miranda Solís.

Una vez en Oviedo, Leith Hay hace mención de varios de los "miembros de la Junta Provincial" (Junta Suprema en realidad) que se habían reunido para recibir al general británico y que le acompañarían hasta la Casa de Regencia, lugar designado como residencia ovetense de Leith y su séquito. Se trata de "el capitán general Acevedo, el marqués de Camposagrado, el conde de Toreno, el general Ponte y el vizconde de Campo Grande."

Del primero, el general Acevedo, añade Leith Hay que "era un anciano de apariencia poco enérgica y extremadamente miope". O Leith Hay recuerda mal o los problemas físicos de Acevedo debían de ser múltiples, ya que su tío el general escribía a Castlereagh el 13 de septiembre de 1808, desde Gijón, que "Acevedo ... parece un hombre muy afable y se dice de él que es activo y de buen criterio, pero es cauteloso y tan sordo que apenas pude sacarle nada"¹⁵. En cualquier caso, el "Acevedo" de referencia es Vicente María de Acevedo y Pola Navia, antiguo coronel de la Guardia Real, que el 27 de junio de 1808 había sustituido al general Joaquín José Navia Osorio y Miranda, marqués de Santa Cruz de Marcenado, como comandante en jefe del ejército asturiano. Al mando del contingente del Principado, integrado en el ejército gallego de Blake, encontraría la muerte a resultas de la batalla de Espinosa de los Monteros (10 y 11 de noviembre de 1808), primer gran revés que sufrirían las armas españolas del norte.

(14) Carta autógrafa, recogida y traducida al español en Laspra, *Las relaciones* 334-38 [Documento N° 305].

(15) Carta autógrafa, recogida y traducida al español en Laspra, *Las relaciones* 347-51 [Documento N° 316].

El "marqués de Camposagrado" a que se refiere Leith Hay es el general Francisco Bernaldo de Quirós y Mariño de Lobera, VI marqués de Camposagrado, familiarmente *Pachín*. Militar y aristócrata asturiano, había participado en las campañas de Gibraltar y contra la República francesa, y pronto representaría al Principado ante la Junta Central, junto con su amigo Jovellanos. Posteriormente sería capitán general de Cataluña, ministro de la Guerra y capitán general de Castilla la Nueva.

El "conde de Toreno" mencionado por Leith Hay es José Marcelino Queipo de Llano y Bernaldo de Quirós, VI conde de Toreno: cuando conoce a Leith Hay, su hijo José María Queipo de Llano y Ruiz de Sarabia, vizconde de Matarrosa, llevaba ya más de tres meses en Londres, junto con Andrés Ángel de la Vega, en representación de la Junta Suprema. José Marcelino moriría en 1809, pasando entonces el principal título familiar a su primogénito José María.

El "general Ponte" de que habla Leith Hay es el general Nicolás de Llano Ponte y Oviedo Portal, del ejército de Asturias. En el verano de 1808 Llano Ponte tendría su cuartel general en Llanes y llegaría a ocupar Santander con parte de sus tropas, hasta que a comienzos de agosto recibe orden de la Junta Suprema de "que vuelvan para servir en las fronteras de este Principado con León"¹⁶.

Finalmente, "el vizconde de Campo Grande" a que se refiere Leith es el coronel Gregorio de Jove y Valdés Dasmarinas (1779-1857). Procurador General cuando se produce la sublevación de mayo de 1808, sería uno de los primeros en reaccionar ante los hechos. Vocal de la Junta Suprema, lo sería también de la "Junta de la Romana" y de la Junta Superior hasta 1811, año en que es encarcelado, reanudando su carrera política al finali-

(16) Carta autógrafa de Hunter a Canning (Gijón, 6.8.08), recogida y traducida al español en Laspra, *Las relaciones 208-09* [Documento Nº 185].

zar la guerra. Autor de diversos informes y memoriales, sería director del Instituto Asturiano en 1840.

Leith Hay menciona a un segundo grupo de políticos y militares vinculados con Asturias cuando, procedente esta vez de León, se le informa en Oviedo de la ya mencionada derrota de Espinosa de los Monteros: alude entonces al "procurador general de la provincia" y al "general Ballesteros", que son quienes le cuentan que "los generales Acevedo, Riquelme y el conde de San Román habían resultado muertos" en dicha batalla. Los dos primeros personajes son bien conocidos, de modo que no ampliaré mucho la información sobre los mismos. El "procurador general de la provincia" es naturalmente Álvaro Flórez Estrada y Pola (1766-1853), ilustre economista y político liberal asturiano, el más carismático de la época del alzamiento del Principado, a consecuencia del cual es nombrado Procurador General. Impulsor de las relaciones asturbritánicas y uno de los protagonistas de las mismas, se vería paradójicamente obligado a exiliarse en Inglaterra y Francia en 1814 y nuevamente en 1823, a raíz de la reinstauración del absolutismo¹⁷. El segundo es el general Francisco de Ballesteros (1770-1832), militar ya veterano en 1808 (había participado en la campaña de Rosellón en 1770). General del ejército asturiano, activo y eficaz en la zona oriental del Principado, llegando a tomar Santander en 1809, sería uno de los militares españoles más respetados y alabados por los comisionados británicos en Asturias: el propio Leith Hay se refiere a él, en otro lugar del texto que nos ocupa, como "el inteligente general Ballesteros". Tras tener una participación destacada en las posteriores campañas del sur peninsular, caería en desgracia al no reconocer el mando supremo de Wellington. Brevemente ministro de la Guerra tras la contienda, moriría auto-exiliado en París.

(17) Véase, sobre el exilio londinense de Flórez estrada y de otros muchos liberales asturianos, Gloria Sanz Testón, *Liberales asturianos exiliados en Inglaterra, 1814-1846* (Gijón: Sociedad Cultural Gijonesa, 1996).

Ya me he referido más arriba al general Acevedo. En cuanto a Riquelme y San Román, la relación de ambos con Asturias fue indirecta. El brigadier general Riquelme, al mando de la 3ª División del Ejército de la Izquierda, o ejército de Blake en esos momentos, había fallecido como apunta Leith Hay a consecuencia de las heridas sufridas en Espinosa de los Monteros. El brigadier general conde de San Román, también mortalmente herido en Espinosa tras comportarse "con extrema bravura, al igual que todos sus hombres", como escribiría James Leith poco después de los hechos, se encontraba al mando de la división de Fionia, o del Norte, que, unida al ejército de Blake como 5ª División del mismo en ausencia del marqués de la Romana, formaba la retaguardia española en dicha batalla, siendo ésta la primera fuerza en sufrir el ataque de la vanguardia francesa¹⁸.

Por último, Leith Hay menciona al barón Almendárez, uno de los generales de la División del Norte, y por dos veces al comandante supremo de la misma, el marqués de la Romana. Este último, Pedro Caro y Sureda (1761-1811), había estado al mando del ejército expedicionario español del Báltico entre 1807 y 1808, pasando a continuación al norte peninsular hasta noviembre de 1809 y sustituyendo a Blake en el mando del Ejército de la Izquierda. Por esa época colabora con Moore y derroca a la legítima Junta Suprema de Asturias, huyendo ante la primera invasión francesa del Principado. Como comandante del Ejército de la Izquierda fracasará en Sevilla, pero actuará con eficacia en Portugal y Extremadura hasta su muerte en el sitio de Badajoz.

Como puede colegirse por lo escrito en varios de los párrafos anteriores, el acontecimiento a que fundamentalmente alude Leith Hay en sus memorias asturianas es la ya menciona-

(18) El general Leith escribe sobre Espinosa de los Monteros en carta autógrafa a Castlereagh, fechada en Cabezón de la Sal a 16.11.08. Recogida y traducida al español en Laspra Rodríguez, *Las relaciones 459-60* [Documento Nº 415].

da batalla de Espinosa de los Monteros, sus preparativos y sus consecuencias. Cuando el 1 de septiembre de 1808 conoce a Acevedo en Oviedo, éste, escribe Leith Hay, estaba a punto de salir para Llanes, donde “esperaba tener bajo sus órdenes a 10.000 hombres”. Pronto seguirá el mismo camino el general Leith, para continuar hasta Santander. A su vez, Leith Hay saldrá enseguida para León. Cuando regresa a Oviedo el día 20 del mismo mes se encuentra con la inesperada noticia de “los desastres” que habían acontecido al ejército de Blake, la “derrota total” sufrida en Espinosa de los Monteros, la muerte de los tres generales que queda comentada, y el hecho de que “los supervivientes se habían dispersado y habían intentado salvarse huyendo a las montañas de León”: como, a continuación, Leith Hay se dirige a Santander por la carretera de la costa, se encuentra, no con los restos maltrechos del ejército de Blake desperdigados por las montañas del nordeste de León, sino con los cuatro regimientos de caballería de la División del Norte que, al mando del ya mencionado Almendárez, se replegaban hacia el oeste desde Santander, sin haber a lo que parece participado en la batalla¹⁹.

Juicios y opiniones

Las memorias asturianas de Leith Hay no sólo son altamente informativas en cuanto a lugares y personas. También hay en las mismas, a pesar de su brevedad, espacio para el comentario y la crítica de corte más subjetivos. Destaca nuestro autor, en primer lugar, “la cordialidad” con que fueron recibidos en Oviedo los militares británicos, llegando a apuntar, en un inte-

(19) Además del general Leith (véase nota anterior), también escribe sobre Espinosa de los Monteros, poco después de los hechos, otro militar inglés que pronto se vincularía profundamente con Asturias, William Parker Carrol, en carta al general Brodrick de 13.11.08 desde Reinosa, recogida y traducida al español en Laspra, *Las relaciones* 463-66 [Documento Nº 421]. Más detalles sobre la batalla en Gates, *The Spanish Ulcer* 94-99.

resante párrafo, que la buena relación entre asturianos y británicos parecía “obligada por naturaleza”.

No sería Leith Hay el único enviado británico en prodigar alabanzas (al menos inicialmente) hacia los asturianos: su propio tío el general, hablando de la misma recepción en Oviedo, escribiría a Castlereagh que “nada puede superar la gratitud de esta provincia, en donde las continuas aclamaciones del pueblo resuenan por todas partes, y el nombre de Su Majestad [Británica] está en boca de jóvenes y viejos”²⁰. La simpatía con los británicos, efectivamente, parece extenderse a todas las clases sociales. En otro lugar de su relato, Leith Hay habla de la “cordialidad y amabilidad” con que unos campesinos de Siero dan cobijo en su “humilde vivienda”, en medio de la noche, a él y a sus acompañantes.

Hay sin embargo un asomo de crítica, aunque de tono más bien desenfadado, cuando Leith Hay comenta una excusa a la que políticos y militares españoles acudían con frecuencia, según parece, cuando se trataba de justificar un fracaso: la “traición” inesperada de alguien, en este caso de Blake en Espinosa. Tanto “había oído hablar” de este socorrido recurso, dice Leith Hay, que no le da mayor importancia. Comentando la misma derrota, también escribe nuestro autor que “como de costumbre, no era de esperar nada parecido a un informe completo de los hechos”: empezando por el propio Wellington, serán efectivamente muchos los oficiales británicos que a lo largo de la guerra manifiesten quejas (justificadas a veces, y otras no tanto) en torno al descuido informativo, la tendencia a la improvisación y el escaso profesionalismo militar de los generales españoles²¹.

(20) Carta autógrafa fechada en Oviedo, 8.10.08. Véase más arriba, nota 14.

(21) En un libro muy reciente se recuerdan aún estas quejas de Wellington, y también las posteriores de Richard Ford en el mismo sentido: Tom Burns Marañón, *Hispanomanía* (Barcelona: Plaza y Janés, 2000) 99-134.

No obstante, es indudable que Leith Hay simpatiza con los asturianos, y con los españoles en general: el último párrafo, considerablemente extenso, de sus memorias asturianas, es un todo un canto a la lealtad y gentileza del pueblo asturiano y español, y al sentimiento de seguridad que dicho pueblo le hizo tener a lo largo de su estancia en el país, así como un alegato en contra de las "declaraciones que se registran a menudo, injustamente en mi opinión" (se refiere sin duda a las vertidas en obras como las de Southey o Napier) sobre ciertos estereotipos negativos imputados al pueblo español²².

Los recorridos por Asturias

Finalmente, creo de interés establecer del modo más preciso posible la cronología y el itinerario de los periplos asturianos de Andrew Leith Hay.

Leith Hay sale de Portsmouth, acompañando a su tío, al atardecer del día 17 de agosto de 1808, a bordo del *Peruvian*. El bergantín llega a aguas de Asturias el día 22 por la mañana, virando rumbo al puerto de Santander. Tras permanecer unos días en la capital cántabra, Leith Hay, siempre a bordo del *Peruvian* y acompañando a su tío y al resto de la comitiva, se hacen de nuevo a la mar y amarran en la bahía de Gijón en la mañana del 29 de agosto. El día 31 por la mañana salen para Oviedo, y poco más tarde la comitiva se separa: unos días después el general y los tres capitanes salen de Oviedo y se dirigen de nuevo a Gijón, desde donde viajan por toda la costa cantábrica hasta Llanes, y de ahí, pasando por San Vicente de la Barquera y Santillana, hacia Santander. El teniente Leith Hay,

(22) Dice Leith Hay que los británicos acusan de "perfidia" al pueblo español: es decir, el mismo juicio estereotipado que desde siempre se ha aplicado a los ingleses. Véase el capítulo titulado "La pérfida Albión" del libro del capitán J. Vázquez Sans, *España ante Inglaterra* (Barcelona; Ángel Ortega, 1940) 181-97, así como Enrique Moradiellos, *La perfidia de Albión* (Madrid: Siglo XXI, 1996) xi-xviii.

por su parte, sale para León. En la noche del 18 de noviembre, Leith Hay parte de León con la intención de llegar a Oviedo y franquea el puerto de Pajares con infinitas penalidades, tardando "siete horas y media en recorrer dieciséis millas" a lomos de su caballo.

A partir de entonces comienza el periplo asturiano propiamente dicho, de una semana aproximadamente de duración y siempre tras los pasos del general Leith, que parece escapársele constantemente. Al no encontrarle en Oviedo, sale pronto, nuevamente de noche y cabalgando, para Gijón, donde entrega despachos a Hunter y continúa por la carretera de la costa hacia el Este, con la esperanza de encontrar así a su general. Con quien se encuentra es, cerca de Villaviciosa, con Almendárez y sus tropas, y al llegar a Colunga decide no proseguir hacia Santander al recibir noticias al parecer fidedignas de que el general había salido de Santander y se dirigía hacia Oviedo por Infiesto (es decir, por el interior y no por la costa). Ni corto ni perezoso, Leith Hay decide trasladarse de Colunga a Infiesto "campo a través", como él mismo escribe: probablemente lo hizo bordeando la cordillera del Suevo por el Este. Su decepción es grande cuando al llegar a Infiesto se entera de que Leith ni había llegado ni había pasado cerca de esa villa. Decide entonces volver a Oviedo, a caballo y de noche como hacía habitualmente.

Es entonces cuando le sucede una anécdota que, con el paso de los años, Leith Hay cuenta con ironía y buen humor. Al llegar –en medio de la noche y completamente perdidos– a un río que había que vadear (muy probablemente el Piloña), el guía local invita al oficial inglés a ser el primero en cruzar: la consecuencia es que Leith Hay y su montura están a punto de ahogarse, y es poco más tarde cuando, cerca ya de Pola de Siero, el empapado oficial y sus acompañantes pasan la noche en la cabaña de unos campesinos. Nuestro hombre llega por fin a Oviedo. Pero tampoco está allí su general: en la capital asturia-

na se entera de que el marqués de la Romana y Leith habían salido efectivamente de Santander, pero no habían continuado hacia Oviedo por Infiesto como le habían dicho en Colunga, sino hacia León por Potes. A las 10 de la noche del día 24 de noviembre de 1808 el teniente deja Oviedo una vez más, pasa Pajares en condiciones más favorables que en la ocasión anterior, y al anochechar siguiente se reúne, por fin, con su tío el general en el palacio episcopal de León.

VIAJES POR ASTURIAS EN 1808

Andrew Leith Hay

[Trad. A.L.R.]

La rebelión de los españoles provocó en aquel momento un giro en los asuntos de Inglaterra. ... El Mayor General Leith recibió la orden de dirigirse a Santander. ... El autor de estas páginas salió de Inglaterra en calidad de ayudante de campo suyo y zarpó de Portsmouth al atardecer del 17 de agosto de 1808.

El día 22 por la mañana el bergantín armado *Peruvian* llegó a aguas españolas y cuando se acercaba a la costa aparecieron en la distancia las montañas de Asturias; un territorio agreste y desigual, cubierto de bosques hasta sus cumbres, mostrando un panorama de grandeza y atractivo sorprendentes. Supimos por la tripulación de un barco pesquero español que estábamos a una considerable distancia hacia el Oeste de nuestro puerto de destino, Santander. En consecuencia, el bergantín tomó rumbo hacia el Este y navegó a lo largo de la hermosa y escarpada costa. ...

Ante las escasas posibilidades de que en la provincia de la Montaña²³ sucediese acontecimiento alguno de importancia, el general decidió reembarcar y dirigirse a Gijón y Oviedo, a fin de comprobar el grado de eficacia de las defensas asturianas.

En la mañana del día 29, el *Peruvian* echó el ancla en la bahía de Gijón, que es una de las más peligrosas de la costa norte española: desprotegida en todas direcciones, debido a la configuración de la línea costera, el oleaje en masa de la Bahía de Vizcaya entra a raudales con fuerza ininterrumpida y la con-

(23) 'La Montaña', en español en el original.

vierte en una rada extremadamente peligrosa, de modo especial cuando sopla el viento del Norte. Durante algunos días el tiempo había sido moderadamente bueno, y en el fondeadero coincidimos con la fragata *Iris* y con la corbeta *Albicore*.

Gijón había servido de sede consular británica durante bastante tiempo, y en esa época ostentaba el cargo de cónsul el Sr. Hunter. Este llevaba mucho tiempo como residente en España desempeñando empleos similares, y sus conocimientos acerca del país y de las costumbres y modales de los habitantes le capacitaban de manera especial para sus funciones. Al desembarcar supimos que ya se esperaba la llegada del general Leith y se le había preparado alojamiento en una antigua mansión en las cercanías de la villa.

Gijón no tiene nada de especial en su aspecto externo. Es una ciudad portuaria de regular tamaño, pero inferior a Santander en todos los sentidos; tampoco resulta el paisaje de su entorno inmediato tan agreste y pintoresco como el de otras zonas de la costa asturiana.

El palacio que se nos asignó como residencia era una vieja construcción de gran tamaño, propiedad de un aristócrata, que se encontraba en un estado de gran abandono y deterioro. Accedimos a su interior cruzando una verja imponente que conducía hasta un espacioso patio, rodeado de columnas de piedra cuyos capiteles, desgastados y desfigurados, se encontraban invadidos por parras y arbustos silvestres de todo tipo; al tiempo que en las basas crecía la maleza con descontrolada exuberancia. En medio del patio, que estaba cubierto de hierba, se encontraba un pozo de amplio brocal que daba la impresión de llevar largo tiempo en desuso. Una bella escalinata conducía hasta un gran número de aposentos, perfectamente habitables pero igualmente singulares por su gran tamaño y por la escasez de mobiliario. Así era la primera residencia de un caballero particular, y al tiempo persona de rango, que conocimos en España.

Al día siguiente de nuestra llegada a Gijón se presentó el general Miranda, junto con una comisión enviada por la Junta de Asturias, con el propósito de acompañar al general Leith hasta Oviedo y, a la mañana siguiente, nos dirigimos a esa ciudad. Oviedo, antiguamente llamada Ovetum, capital de Asturias, está situada en un hermoso y romántico valle, rodeada de un paisaje soberbio y abigarrado. Al aproximarse por el Norte la vista es grandiosa y extremadamente pintoresca: la airosa aguja de la catedral la convierte en un elemento singular y el fondo montañoso en la distancia confiere variedad y lustre al conjunto.

La recepción que se nos dio en Oviedo no pudo ser más entrañable. Nada podría superar la cordialidad con que comparecieron representantes de todos los estamentos para presenciar la llegada de los oficiales británicos. Parecían enterrados en el olvido los antiguos sentimientos de enemistad, incluso los provocados por las capturas de fragatas antes de declararse la guerra, y por la más reciente aunque más justa desgracia que sobrevino al país a raíz de la destrucción de su flota en Trafalgar. Inglaterra, y únicamente ella, se había convertido en objeto de admiración entusiasta; y en lugar de considerarnos como los ciudadanos de un país con el que poco antes habían estado en guerra, sencillamente parecían tener la sensación de haber restablecido unas relaciones entre dos países que se habían visto obstaculizadas durante algún tiempo, pero cuya existencia consideraban obligada por naturaleza.

Los miembros de la Junta Provincial se habían reunido para recibir al general; y muchos de ellos, entre los que se encontraban el capitán general Acevedo, el marqués de Camposagrado, el conde de Toreno, el general Ponte y el vizconde de Campo

(24) 'Casa de Regencia', en español en el original, así como 'Marqués', 'Conde' y 'Visconde' [sic]. Leith Hay también escribe siempre la palabra 'Junta' en español en su original.

Grande, le acompañaron hasta la Casa de Regencia²⁴. El general Acevedo, que era un anciano de apariencia poco enérgica y extremadamente miope, había sido puesto al mando del ejército asturiano. Estaba en vísperas de viajar a Llanes, ciudad costera donde iban a concentrarse las nuevas levas y en la que esperaba tener bajo sus órdenes a 10.000 hombres. ...

Una vez comprobada la diligencia con que la Junta de Asturias había llevado a cabo los preparativos para armar y equipar a las tropas destinadas a reforzar al general Blake, el general Leith, acompañado de los capitanes Lefebre, Jones y Pasley, del Real Cuerpo de Ingenieros, salió de Oviedo y se dirigió a Gijón, desde donde viajó por toda la costa cantábrica hasta Llanes, cuartel general de Acevedo, y desde allí, pasando por San Vicente de la Barquera y Santillana, hacia Santander. ...

En la noche del 18 de noviembre [1808] salí de León con la intención de llegar a Oviedo a través de las montañas ... Después de dejar Buiza²⁵ la carretera conduce hasta lo alto de uno de esos puertos que son tan abundantes en el norte de España, aunque el de Pajares supera por su dureza y por lo intrincado que es a todos aquellos por los que había viajado con anterioridad. En esta ocasión hubo que añadir a las dificultades de este paso de montaña las propias de una noche terriblemente oscura y una furiosa tormenta de lluvia y viento, lo cual se hacía doblemente penoso ante la imposibilidad de apurar al desdichado caballo que montaba para que llevara el ritmo de marcha previsto, a fin de acabar cuanto antes con el sufrimiento de esta etapa que se presentaba tan tediosa e interminable. Por fin y a pesar de todo, tras haber estado a punto de despeñarme varias veces y de acompañar así a alguno de los arroyos de montaña que se precipitan velocísimos hacia los

(25) 'Buiza': no he podido identificar este lugar. ¿Se refiere quizás a Busdongo, muy cerca ya del puerto de Pajares según se viene de León?

valles, llegué al pueblo de Pajares, tras haberme llevado siete horas y media recorrer dieciséis millas.

A mi llegada a Oviedo el procurador general de la provincia y el general Ballesteros me informaron de los desastres que habían acontecido al infortunado Ejército de la Izquierda: que había sufrido una derrota total, que los generales Acevedo, Riquelme y el conde de San Román habían resultado muertos; que los supervivientes se habían dispersado y habían intentado salvarse huyendo a las montañas de León. El procurador general, en cuyo semblante se mezclaba una expresión de solemnidad con sentimientos de melancolía y desesperación, manifestó que había que achacar todo ello a la traición del general Blake. Yo había oído hablar tanto de la traición que se atribuía a los generales españoles, siempre que se daba cuenta de un acontecimiento destacado, que esta afirmación no fue cuestionada. Como de costumbre, no era de esperar nada parecido a un informe completo de los hechos: hasta el inteligente general Ballesteros, que parecía conocer la derrota del ejército gallego, ignoraba completamente los detalles precisos.

Incapaz de conseguir ningún tipo de información en Oviedo, donde no se encontraban ni el marqués de la Romana ni el general Leith, se hizo innecesario demorarse por más tiempo en esa ciudad. Debido a ello, por la noche fui cabalgando hasta Gijón donde, tras entregar los despachos al Sr. Hunter para que los enviase al Sr. Canning, volví a tomar la carretera de la costa hacia Santander y llegué a Villaviciosa. De camino, antes de alcanzar esa villa, me encontré con el barón Almendrárez, al frente de los cuatro regimientos de caballería de la División del Norte, quien me informó de que cuando él había salido de Santander, el general Leith aún estaba allí. Esto me hizo tomar la decisión de continuar en esa dirección; pero al acercarme a Colunga obtuve noticias fidedignas de que había salido de aquella ciudad.

El siguiente informe que me llegó se refería a que había marchado hacia Oviedo por Infiesto²⁶. No se descartaba que hubiese podido tomar esta ruta de montaña; en cualquier caso era totalmente innecesario que me dirigiese a Santander; y decidí ir campo a través con la esperanza de unirme a él en su camino.

La villa de Infiesto, en medio de la gran cadena montañosa de los Ariales, se asienta con gran belleza en un valle a orillas del río Sella²⁷. Las montañas se alzan vertiginosamente en sentido Norte y están cubiertas con exuberancia por castaños y otros árboles de gran porte y abundante follaje. Es difícil concebir un paisaje más variado y pintoresco que el de la ruta que lleva de Colunga a Infiesto.

El general Leith no había llegado ni había pasado cerca de ese lugar. Decepcionado y sin saber con certeza qué camino tomar, decidí finalmente volver a Oviedo y, en consecuencia, presenté al alcalde²⁸ una solicitud urgente de caballos. No puedo precisar si fue porque su autoridad era escasa o porque era reacio a atender mi demanda pero, sin duda, el retraso fue mayor de lo que había experimentado jamás en circunstancias parecidas.

(26) Leith Hay escribe erróneamente 'Infiesta' siempre que se refiere a esta villa asturiana., capital del concejo de Piloña. Existe en el concejo, muy cerca ya del límite con Colunga, el lugar de La Infiesta, por el que no es imposible que hubiera pasado Leith Hay, quizás contribuyendo así a la confusión con respecto al nombre correcto de la capital concejil.

(27) 'Ribadecella [sic] river' en el original. Leith Hay confunde el nombre del río con el de la villa costera en la desembocadura del mismo. Hay una segunda confusión: el río que pasa por Infiesto, y por buena parte de su concejo, es en realidad el Piloña, afluente del Sella. Finalmente, parece haber una tercera confusión en cuanto a la "cadena montañosa de los Ariales", denominación que no he podido identificar. Leith Hay hizo la ruta de Colunga a Infiesto y habla de "dirección norte" con referencia a esa cadena: parece obvio que se refiere a la Cordillera de Sueve, que probablemente bordeó desde Colunga por la ruta oriental Libardón-Borines.

(28) 'Alcalde' en español en el original.

Por fin aparecieron los caballos y, tras la puesta del sol, nos pusimos en camino hacia Oviedo, guiados por un campesino que, bien por desconocimiento, bien por la oscuridad reinante, se perdió y acabó llevándonos hasta la orilla de un río que, según me había informado previamente, había que vadear. Tras haber avanzado una legua desde Infiesto, al no dudar de su conocimiento del camino, y dado que me encontraba a la cabeza del grupo, hice adentrarse a mi caballo en el arroyo; mas no pasó mucho tiempo antes de que se demostrase que donde se me había conducido erróneamente no tenía nada que ver con un vado ya que, tras varias zambullidas, el caballo perdió pie y sólo con dificultad ganó de nuevo la orilla desde la que había entrado. El guía expresó repetidamente su pesar pero, puesto que se había abstenido cautamente de seguir mi ejemplo entrando en el río, no es imposible que tuviese una ligera idea de su profundidad, al tiempo que no coincidía precisamente conmigo al valorar mi seguridad, con tal de recuperar su caballo lo cual, en todo caso, tenía bastantes posibilidades de conseguir.

La Pola [de Siero], que era el pueblo más cercano en el camino, estaba a una distancia de 4 leguas. La noche era terriblemente fría. Yo estaba empapado de agua; el guía no parecía estar seguro de dónde se encontraba; y la oscuridad era tal que no se podía distinguir objeto alguno a cualquier distancia. Sería difícil hallar, en los anales de viajes, situaciones menos envidiables. Encontrar cualquier tipo de lugar habitado se convirtió en el mayor de los deseos. El campesino estaba convencido de que había alguno en las cercanías. Tras avanzar un corto trecho, descubrimos con gran satisfacción, no muy alejada de la orilla del río, una luz que, al acercarnos, resultó proceder de la ventana de una cabaña. Los ocupantes de esta humilde vivienda nos recibieron con la mayor cordialidad y amabilidad. Nuestra presencia a esa tardía hora debió ocasionarles una sorpresa considerable, así como desconfianza, pero en cuanto se les explicó los motivos de la misma, los celos parecieron desvanecerse

por completo, al tiempo que estos pobres aldeanos se desvivieron por que su hogar nos resultase lo más cómodo posible.

Con la llegada del general Caro²⁹ a Oviedo el día 24 de noviembre me puse, por fin, al corriente de información verídica. Supe por él que el marqués de la Romana y el general Leith habían ido a León pasando por Potes, que los restos del ejército de Galicia se estaban reuniendo en esa zona y que, sin duda alguna, podría encontrarme con ellos en las cercanías de aquella ciudad.

A las 10 en punto de la noche dejé Oviedo una vez más. Pasé el Puerto de Pajares³⁰ en unas condiciones más favorables que la vez anterior, tanto por la luz como por el tiempo y al anochecer siguiente tuve la satisfacción de unirme al marqués y al general Leith en el palacio episcopal de León.

Fue así como finalizó un viaje de más de 900 millas, a lo largo del cual recorrí una porción considerable del país en circunstancias tales que me permitieron comprobar el noble sentir de la gente. Es de estricta justicia decir que en el transcurso de este viaje me encontré con una actitud unánime frente a la guerra; que en todas partes se me trató con gentileza y se me dieron facilidades para seguir adelante, incluso en ocasiones en que algunos particulares sufrieron el trastorno de ver sus caballos o mulas requisados. Carente de la compañía de ningún otro

(29) Parece haber aquí una confusión de Leith Hay. No tengo noticia de ningún "general Caro" que hubiera pasado por Oviedo en tal fecha. El marqués de la Romana, Pedro Caro y Sureda, lo hará el 4 de abril de 1809. A finales de noviembre de 1808 el marqués de la Romana, "con lo que queda del ejército de Blake", se encuentra efectivamente en León, como escribe el general Leith a Castlereagh el día 25 desde la capital leonesa (*Las relaciones* 474). Quien sí llega a Oviedo por esas fechas, procedente de Espinosa de los Monteros, es el capitán del ejército británico, y teniente coronel del español, William Parker Carrol, que el día 30 lanza una proclama a los asturianos (*Las relaciones* 478-80): es muy probable que a este Carrol se refiera Leith Hay cuando, erróneamente, habla del 'general Caro'.

(30) 'The Puerta de Pajares' en el original.

súbdito británico, salí adelante sin peligro tanto de día como de noche. Nada habría sido más fácil que poner fin a mi carrera y llevar mis despachos al enemigo sin que ello se descubriese jamás, pese a lo cual mi avance no sufrió impedimento alguno; tampoco estuvo mi seguridad comprometida en ningún momento, con la excepción del episodio del río, cerca de Infiesto. Menciono esto como un elemento de crédito a favor de los habitantes de la Península, y en contra de las declaraciones que se registran a menudo, injustamente en mi opinión, sobre la falta de fe, debilidad y perfidia del pueblo español.

ALICIA LASPRA RODRÍGUEZ
Universidad de Oviedo